

LA HISTORIA DE AGUIRRE, CONTADA POR FRAY PEDRO SIMÓN

Las Crónicas de Indias no se comprenden por entero como la mera respuesta a la pregunta básica “¿Qué pasó?”, lo que asombra poco si recordamos con Roman Jakobson que un mensaje puede cumplir más de una función y, con Roland Barthes o Hayden White, que el lenguaje transparente de la historiografía tiene menos de transparente que de interesado¹. No es preciso insistir aquí en unas ideas que han sido ya expuestas casi a modo de sentencia: “el novelar y el historiar son equivalencias del tramar, es decir, de decisión poética”². La forma, ya que no del todo el pasado al que se refiere, queda a merced del historiador. Un único suceso puede ser materia de múltiples relatos. El modo de contar reclama de por sí atención por venir colmado de significado, “excedente” de significado que emana de una construcción elegida y que permanece como un valor del texto, aun cuando el valor histórico se cuestione y se juzgue mínimo.

Si bien las fuentes vienen dadas, admitido que se mantiene el enlace entre el escrito y la realidad acontecida, el cronista selecciona sus materiales, destaca algo o lo pasa por alto, de entre una serie de casualidades extrae las causas necesarias y suficientes, reconstruye y aporta una visión e incluso un sentido. No son raros los cronistas que al realizar estas operaciones, aparte de registrar hechos, labor más creativa que mecánica, buscan la fama, el solicitar prebendas, el desmentir haciéndose valer y, no en último lugar, instruir, deleitar, conmover. El resultado, el escrito final, más allá del “informe”, constructo teórico, se deja entender también como artefacto literario: fábula, cuento, sátira, tragedia...

La historia de Lope de Aguirre, según el franciscano Pedro Simón, será en estas páginas contemplada bajo este enfoque. Dos preguntas cruzadas sirven de líneas directrices. Una lleva a indagar sobre el tipo de composición; la otra, sobre su finalidad.

Salvar del olvido, immortalizar la hazaña con su héroe, aleccionar, son razones para escribir historia, tópicos de la doctrina humanista, que Pedro Simón baraja en su “prólogo al lector”, sin que falten las oportunas citas de autoridades. Añade además el concepto cristiano de la historia hecha para comprender y celebrar la grandeza de Dios en su obrar sobre el mundo. Junto al despliegue de ideas tradicionales, no obstante, queda aún hueco para lo original³ y para la explicación del proyecto propio: contar la “historia entera” de las provincias “que comprende en su gobierno la Real Audiencia de Santafé y

¹ Véase Roman Jakobson, “Lingüística y poética”, en *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, Barcelona, pp. 347-395; Roland Barthes, “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje*, Paidós, Barcelona, pp. 163-177 y Hayden White, *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, 1992.

² Djelal Kadir, “Historia y novela: tramitación de la palabra”, en Alejo Carpentier y otros, *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, Monte Avila, Caracas, 1984, p. 298.

³ Véase José Antonio Maravall, “Fray Pedro Simón y la teoría de la historia en el barroco”, en *Clavileño. Revista de la asociación internacional de hispanismo*, nov.-dic. 1952, pp. 13-16.

Gobernación de Venezuela, Cumaná y otras” (I, 16)⁴. El trabajo responde al mismo espíritu globalizador que impulsó a Antonio de Herrera, Bernabé Cobo o León Pinelo a emprender la tarea gigantesca de reunir múltiples partes, dispersas hasta entonces y algunas en fase de extinción, para abarcar un complejo conjunto en su totalidad – quiere ser historia entera. Resultado de estos esfuerzos, comenzaron a circular durante el siglo XVII una serie de compendios. Todos, voluminosos, se diferencian del montón caótico por introducir un principio de orden en lo heterogéneo. Dentro del previo programa que rige la secuencia del discurso cada episodio encuentra su lugar exacto y previsto. La unidad se divide en sectores a su vez divisibles, estructura de casillas que incluyen a otras, capaz de prolongarse indefinidamente. El plan de corte aristotélico, comenzar por lo general o la especie para descender hacia lo particular o el individuo, será un modelo clasificador común. Con un contenido que se distribuye entre un alto número de compartimentos bien etiquetados, el compendio se asemeja a un archivo.

Veamos: la obra de fray Pedro Simón, *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, consta de tres partes, cada una dividida a su vez en siete “noticias”⁵. La “sexta noticia histórica” de la primera parte contiene “LII” capítulos. Interesa aquí porque relata lo sucedido a la expedición de Pedro de Ursúa y “las tiranías de Lope de Aguirre” (II, 139).

Mientras que Antonio de Herrera optó por el tiempo como principio estructurador, hace unidad de lo que ocurre en una década, Simón organiza su materia pensando en el lugar: va junto lo que pasa en el mismo sitio. A este criterio le sigue otro cronológico; ambos, no obstante, se verán trastocados por la trama que se bifurca en actos simultáneos y que se desarrolla en varias gobernaciones. El tercer principio, no declarado, que decide la configuración del texto es la forma narrativa⁶. Dentro de la maraña de las cosas se agrupa aquello que está en relación de causa/efecto. Hechos desencadenantes y desencadenados forman bloque hermético; esto es, se separa, al pensarse, de otros bloques reconocidos.

El archivo se presta tanto a una lectura de principio a fin como a otra fragmentaria. Pedro Simón juzga legítima la consulta puntual, pues su historia se compone de historias, unidades completas y, entonces, aislables. A quien le falte algún volumen de la obra, dice, “por no poderlos comprar todos o por perderse alguno o por otra causa, a lo menos los que les quedaren le den historia entera de una provincia, sin atormentarle dependencias del tomo o de los tomos que le faltan, y hagan cuenta que no se escribió más que aquel o aquellos que tiene” (I, 18).

⁴ En las citas de la obra, señalo al final, entre paréntesis, volumen y número de página. Utilizo la siguiente edición: Fray Pedro Simón, *Noticias históricas de Venezuela*, 2 vols., restablecimiento del texto y notas por Demetrio Ramos, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1992.

⁵ Únicamente se publicó en 1627 la primera parte. Ese mismo año es probable que muriera su autor. Véase Luis Mantilla, “Fray Pedro Simón, historiador y lingüista”, en *Archivo Ibero-Americano*, núm. L, 1990, p. 1116. Sólo con ocasión del IV Centenario del Descubrimiento, 1892, se preparó una edición de toda la obra, a cargo de Medardo Rivas, cuyas deficiencias han procurado subsanar tanto Demetrio Ramos en su edición parcial (*Noticias históricas de Venezuela*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1963), como Juan Friede (*Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, Banco Popular, Bogotá, 1981).

⁶ Según Pilar Almoína, *Cronistas e historiadores: ¿antecedentes de la literatura venezolana?*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1982, p. 28, “Si algo caracteriza estructuralmente a las *Noticias históricas* es su esencia narrativa”, opinión que comparte Juan Friede, ed. cit., p. 38: “ese carácter narrativo de la obra de Simón es lo positivo y valioso que aporta a la historiografía americana”.

A partir de la naturaleza narrativa de las partes sería equivocado definir el todo del archivo. Este se revela, también el autor lo ha entendido así, como un amplio macrotexto formado por relatos, en lo básico, independientes: no se comprenden unos desde los otros, se suceden; no los une una trama narrativa, sino el hilo del tiempo y la continuidad del espacio. Es, a simple vista, el ensamble propio de la crónica, esquema habitual en historiografía y no imposible en literatura.

No será Pedro Simón el primero, ni el último, que escriba sobre Lope de Aguirre⁷. Cuenta con precedentes. Él, en concreto, se ciñe al relato de otro franciscano, Pedro de Aguado⁸. El manuscrito que halla en los fondos de la Orden se le presenta como un valioso legado que aprovechar, inexistentes en el siglo XVII ni el criterio romántico de la originalidad ni leyes sobre derechos de propiedad intelectual. Simón reduce los 92 capítulos de Aguado a 52, más extensos⁹. Copia frases, palabras, lo dicho por terceros; si calca algunos pasajes, otros los parafrasea, paráfrasis sistemática en los de corte narrativo. Por lo común simplifica el estilo, con ahorro de tropos y eliminación de redundancias¹⁰. Pocas veces cambia el orden. La cadena cronológica procura respetarse, tributo al “ordo naturalis”. Tampoco, en lo que respecta al contenido, hace Simón reformas o correcciones de importancia. Suprime digresiones sermonarias, así como referencias a la intervención divina, que respeta, no obstante, en momentos clave. Tan sólo aprovecha su propia experiencia de misionero en América y su condición de entendido para comentar unos pocos detalles¹¹ y resolver dudas marginales¹². En resumen, frente al texto de Aguado, el de

⁷ Desde las primeras relaciones de los testigos Francisco Vázquez y Pedrarias de Alместo, tanto historiadores como literatos, aparte de políticos, psicólogos o cineastas, se han referido a Lope de Aguirre y su ejército de “marañones”. La historia ha sido numerosas veces rememorada, enjuiciada y recreada más o menos libremente. Remito, para tener una detallada información sobre la imagen de Aguirre y su motín, con los cambios que ha sufrido en función de los más diversos intereses e ideologías, al extenso y cuidado libro de Ingrid Galster, *Aguirre oder die Willkür der Nachwelt*, Vervuert Verlag, Frankfurt am Main, 1996. Véase también el estudio de José María Navarro, *Configuración textual de la “Recopilación historial de Venezuela” de Pedro de Aguado*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1993, pp. 213–246, y el trabajo de Alexis Márquez Rodríguez, *Historia y ficción en la novela venezolana*, Monte Avila, Caracas, 1991, pp. 113–128, 193–206.

⁸ Este dedica a Lope de Aguirre el libro X de su *Recopilación historial de Venezuela*. Aguado tenía escrita en 1575, por lo menos, la primera parte de la obra. Toda ella quedó inédita hasta 1906, como indica Guillermo Morón en su estudio preliminar. Véase Fray Pedro de Aguado, *op. cit.*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1963, p. XXIV.

⁹ No deja de ser, como advierte Ingrid Galster, *op. cit.*, p. 194, un número desproporcionadamente alto, teniendo en cuenta que las demás “Noticias” oscilan entre 15 y 31 capítulos.

¹⁰ Este proceso de “desretorización” concuerda con uno de los credos y actitudes críticas puntualizados en el prólogo: “procurando no levantar el estilo tan sobre las nubes, que sea menester baje de ellas quien lo entienda, por ser esto más querer atormentar con la historia que dar gusto, como lo hacen muchos de estos nuestros modernos tiempos, verdugos de nuestra lengua castellana (...), sólo he procurado estilo claro y casto” (I, 12).

¹¹ Afirma, por ejemplo, haber conocido a una testigo, “el año de mil y seiscientos y doce la ví yo viva (aunque ya muy vieja)” (II, 306), o que el cráneo de Aguirre “permanece hoy” (II, 308) en Tocuyo, junto con las banderas y el vestido de la hija asesinada. Asimismo, recurre a la “verdad de lo visto” para elogiar el agua de un arroyo mencionado (Cap. 45) y referirse a la espinosa vegetación de la isla Margarita (Cap. 31) o al estado precario en que quedaron sus vecinos, “hasta hoy” (II, 230), tras el paso de Aguirre.

¹² Se trate de las razones para llamar “Marañón” al río – viene el nombre, aventura y se equivoca, de “las marañas que cada día se urdían en aquel ejército” (II, 222) – o sea para explicar, como profesional, que las personas asesinadas sin confesión no necesariamente perdieron sus almas, pues “la intención (...) pudo valerles mucho, por ser sacramento aquel de deseo, que llaman los teólogos en voto” (II, 210).

Pedro Simón podría definirse en términos de reescritura o variante¹³. Sus cambios, por otra parte, se dejan relacionar con la crítica que el autor dirige a la Crónica oficial, representada, en concreto, por las *Décadas* de Antonio de Herrera¹⁴. Simón valora y reclama, en síntesis, transparencia en contra de la artificiosa elegancia humanista, conocimiento directo del medio frente a escritura basada en documentos, honestidad y competencia del religioso para profundizar en la historia, como obra de Dios, en contraste con la visión superficial y poco objetiva de los laicos.

El relato de Aguirre o “sexta noticia historial”, uno de los fragmentos desiguales en que se desmenuza el archivo, está formado por una amalgama de formas discursivas: consignación de actividades, proyectos, ideas y estados, descripciones, transcripción de diálogos, arengas o cartas, y, por último, comentarios. El contenido se reparte en secuencias que el narrador advierte y enlaza cuando las abre, cierra, anticipa o recuerda. En escritos barrocos suele haber un narrador que, entre otras cosas, lanza una mirada crítica sobre su relato y lo acompaña de notas. El metadiscurso interpuesto será aprovechado por Simón para aclarar y justificar. Copio:

Por nuestros pasos contados hemos llegado ya con la Historia a los tiempos en que sucedieron las tiranías de Lope de Aguirre. Y siendo tan propio de ellas el contarlas, por haber tenido éstas en el río Marañón sus principios y en el pueblo de Baraquimeto sus fines (todo tan dentro de los términos de la Historia, como hemos visto), no podemos excusar el dar larga relación de todo lo que este tirano hizo, y le sucedió, que tomándolo desde sus primeros pasos, fue así (II, 139).

Hay un episodio completo. Es apropiado incluirlo en la crónica. Es momento de contarlo; Simón lo hará, empezando por el principio, sin dejar fuera nada de él, hasta llegar al final. Su contenido se resume: “las tiranías de Lope de Aguirre”. En otras palabras, el objeto de este texto es la historia de la expedición que salió desde Perú, descendiendo por el río “Marañón”, con el propósito de descubrir el reino de los “omeguas”¹⁵; comienza con un caudillo influyente a la caza de fortuna, el capitán Pedro de Ursua, con las noticias de una tierra nueva, pronto relacionada con el “hombre Dorado”, y con la urgencia de despejar Perú de gente peligrosa; acaba con el descuartizamiento del rebelde Aguirre. Un criterio para la selección de materiales queda expuesto. La unidad no arbitraria se reconoce en los límites precisos de un único movimiento y remite directamente al ámbito de la acción. El desplazamiento en el tiempo va puntuado por una no permanencia de las cosas, en fase de cambio conforme a un juego de intenciones. Por la existencia de agentes que, guiados por unas metas, hacen preparativos, buscan ayuda y tropiezan con obstáculos.

¹³ A su vez, la obra de Simón será fuente principal tanto para la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*, de Lucas Fernández de Piedrahita, como para la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, de José de Oviedo y Baños, publicadas, respectivamente, en 1688 y en 1723. Véase Ingrid Galster, *op. cit.*, pp. 202–221.

¹⁴ Las dos entregas de las *Décadas* o *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del mar oceano*, se publicaron en 1601 y 1615. Pronto fueron elevadas por el Consejo de Indias al rango de modelo. Simón, como fraile-cronista, se implica en la defensa de una escritura alternativa. Sus *Noticias* son construidas a modo de “anti-décadas”, como demuestra Demetrio Ramos en la edición ya citada y en “La institución del cronista de Indias, combatida por Aguado y Simón”, en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, Bogotá, 1, 1963.

¹⁵ Copio los nombres tal y como aparecen en el texto. Tampoco entorpeceré la lectura avisando de errores ortográficos.

los, existe trama narrativa; con la línea de su desarrollo se trenza el orden del tiempo. Cada momento, entre el “antes” y el “después”, está cargado de la tensión entre “recuerdo” y “espera”. Adelantar en la lectura conlleva el comprender el suceso que vendrá tras los motivos – pronto se dice qué pretenden Ursua, Fernando de Guzmán o Aguirre – y, a la inversa, el recordar los propósitos que laten bajo los actos. Podemos recontar la narración entera siguiendo una cadena de preguntas desprendidas del “antes”, a las que corresponden las respuestas dadas por el “después”. Las partes se relacionan, no sólo se siguen; unas crean las expectativas que otras cierran. En este sentido, la apertura de las primeras expectativas y el cese de las últimas es lo característico, respectivamente, del principio y del fin. Entre deseo previo y resultado surge un espacio de incertidumbre o intriga, definido por la puesta en marcha de unos planes. Este relato trata de planes maquinados en ciertas condiciones, de su desarrollo y de su culminación; el avance parece ordenarse en torno a las muertes violentas de los tres caudillos sucesivos: la de Ursua (cap. X), la de Guzmán (cap. XXII) y la de Aguirre (cap. LI). Cada una de ellas concluye un ciclo:

En el primer ciclo se dan dos programas paralelos en una relación inversa. Cuanto más se debilitan la empresa inicial de descubrimiento y el mando de Ursua, más se impone una autoridad opuesta. El fracaso de Ursua, sellado con su muerte, equivale a la explosión triunfal del motín.

La segunda parte vuelve a repetir el argumento de un poder en ascenso, el de Aguirre, que derrota a otro en declive, el de Guzmán. Al fracaso de este, subrayado por su muerte, corresponde el éxito de aquel y el cambio decisivo de proyecto, que ahora consiste en regresar al Perú para ocuparlo, en guerra declarada a España.

En una tercera fase se registra una nueva pugna entre deseos y obstáculos, resuelta de nuevo con otro fracaso y otra muerte, la de Aguirre, traicionado por sus hombres, lo que va unido a la victoria española.

Las tres secciones, simétricas en cierto modo, se ordenan dentro de un único movimiento: Lope de Aguirre gana influencia con la muerte de Ursua, es nombrado entonces “maese de campo”; con la de Guzmán, toma el mando; la suya propia es el signo de su caída. En conformidad con esta imagen de un avance irreversible, con el correr del tiempo y de la narración, lo que primero se introduce, después va adquiriendo una cierta importancia, definiéndose y modificándose. Los expedicionarios del comienzo, sólo más tarde serán “marañones” y “ministros de Satanás”. Aguirre, uno entre toda la “gente matante y de arriscadas conciencias” (II, 144), se transforma en “traidor” y en “tirano” por antonomasia. De él apenas se habla al principio, pero se hace paulatinamente central. Invisible primero, es cada vez más capaz de exponer una voluntad y de imponerla. Un registro de sus crecientes temores y recelos acompaña a la progresión.

La historia está completa, sea la del ascenso al poder y la derrota o sea la de un viaje. También aquí se registran encuentros con indígenas; se habla de poblados, intercambios y luchas. Por otra parte, hay noticias geográficas, la naturaleza se describe y continúa cumpliendo la función clave de elemento que admira, desorienta y contra el cual se combate, capaz de retrasar planes y de trastocarlos. Estos temas cronísticos, tradicionales desde que Colón escribiera su diario, siguen interesando y están presentes; no obstante, son desplazados hacia un lateral por el remolino de enredos y crímenes que ocupa el cen-

tro. El texto se inscribe en el género como un paradigma de lo que Beatriz Pastor ha llamado “discurso de la violencia y del fracaso”¹⁶: la nueva tierra es inhóspita y pobre, se lucha por sobrevivir. Junto a la figura del conquistador se alza la del criminal. Pronto se cambia la meta de buscar fortuna en lo desconocido por la de retornar: no servir a la Corona española, sino, en su contra, atacar uno de sus dominios. Los soldados, más que combatir contra una fuerza externa, pelean entre sí. El fin sólo levemente recuerda al de un cuento. El orden, en efecto, se restablece, el mal es derrotado, como corresponde a las esperanzas y exigencias que impondríamos a un justo transcurso del mundo. Aquí se cumplen cosas tales como “el traidor es traicionado; quien a hierro mata, a hierro termina”. Esta es la “ética del acontecer o la moral ingenua”¹⁷, con sus juicios pensados acerca de qué debe pasar. Pero, con todo, frente al perfil del cuento, la historia no se cierra dibujando un ingenuo horizonte de felicidad, ni supone, respecto al principio, adelanto claro hacia un mejor estado de las cosas. El asesinato de Aguirre se precipita para que no pueda hacerse justicia. Lo que finalmente se destruye formaba parte del mismo cuerpo, de forma que la vuelta del orden se asemeja a la amputación de un miembro gangrenado. Además, como constantes del relato, el miedo prevalece sobre el valor y la traición sobre la hazaña. Lo esencial que ocurre en la gesta contra Aguirre es que sus hombres lo abandonan. Lejos de una visión épica, a la ironía y a la burla se recurre cuando se habla del gobernador cobarde (II, 293–294) o del reparto último, poco equitativo, de “despojos” (II, 308)¹⁸.

Por sus figuras complejas, peripecias, lances patéticos, la historia de Aguirre puede comprenderse como “drama de la vida real”¹⁹. Pero lo ocurrido, dado de antemano al escritor, no basta para asegurar los efectos que provoca su relato. Estos nos remiten a una serie de elecciones. Entre múltiples maneras de contar, fray Pedro ha optado por componer una narración. ¿De qué características?

El narrador/autor – no hará falta aquí distinguirlos – construye una unidad inteligible, lo que no sorprende, pero, además, ya menos corriente, acentúa la red de lazos que atrapa los elementos diversos de la trama. Estos, por regla general, van a introducirse llenos de aclaraciones. Los cortes bruscos son evitados por la voz que hilvana unas cosas con otras, insistiendo en su continuidad. Se multiplican los preámbulos que concretan el momento de cada suceso por lo que acaba de ocurrir o está ocurriendo. Consecuencia

¹⁶ Beatriz Pastor, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Ediciones del Norte, Hanover, 1988.

¹⁷ André Jolles, *Las formas simples*, Universitaria, Santiago de Chile, 1972, p. 217.

¹⁸ Por citar un elaborado ejemplo de burla, elijo la estampa de los caballeros: “...aunque todos iban a caballo con harto ruines sillas, fustes y frenos, sólo llevaban por armas unas varas mal desbastadas, con unos hierros de lanza sin acicalar y unas celadas borgoñonas, que se usaban y estimaban en aquella tierra, que eran unas caperuzas muy viejas y mugrientas, hechas de pedazos de paños de colores, con dos o tres aforros de mantas de algodón con hechura casi de sombreros, la copa de cuatro cuartos, cada uno de su color y la alda que ceñía a la redonda de otros cuatro colores, que verlas era más materia de risa y entretenimiento que de confianza para alguna defensa [...] no había más que dos arcabuces y el uno sin cazoleta y bien poca munición para ambos; y decir que todos eran buenos jinetes sería levantarles testimonio y necesitarnos a volverles su honra, pues a solos los capitanes se les entendía algo de esto, y los demás, subidos a caballo, más eran carga que caballeros” (II, 287).

¹⁹ “Realidad de un ser y unos sucesos que, *per se*, vivieron y ocurrieron como si lo hiciesen en el contexto de una novela”, leo en Alexis Márquez Rodríguez, *op. cit.*, p. 204.

estilística, destaca el uso del ablativo absoluto²⁰ – “llegados a esta isla ...” (II, 150), “pasada esta miserable noche” (II, 174), “hecho esto ...” (II, 195) – y proliferan las frases con verbo en gerundio – “tornándose a juntar todo el campo muy de mañana otro día, mandó ...” (II, 189), “y andando de noche y día en estos desvelos, dio en un pensamiento ...” (II, 191). Esta preocupación por situar el fenómeno en su contexto conduce al rastreo de causas y fines; el relato se carga de subordinadas. Copio un ejemplo:

... tardaron doce días, los cuales pareció al tirano Aguirre se le habían pasado en vano por no haber en ellos derramado sangre humana. Y porque no se le olvidase esto (que parece lo había tomado por oficio) acordó, sin más fundamento que su imaginación, levantar un alzapié a un soldado llamado Monteverde, flamenco, diciendo le parecía muy mal que anduviese tan tibio en las cosas de la guerra, con que se podía entender que no le seguiría en las ocasiones que se le ofreciesen, con que le dio garrote una noche, amaneciendo muerto con un rótulo que decía: «por amotinadorcillo» (II, 214).

Simón suma razones o señala varias, alternativas; llega a hacer conjeturas de dudoso acierto, con registro de estados internos y elucubraciones de terceras personas. Al margen de lo principal, justifica incluso lo insignificante²¹. Conforme al afán explicativo, la historia de Aguirre se amplifica. No satisface la simple mención de datos. Junto al “qué”, importa el “cómo”. A los hechos del pasado tratan de acompañarles sus circunstancias, engarzan con una colección de descripciones. De esta forma, el relato repara en el momento previo al suceso, momento de cálculos, resoluciones, miedos, condiciones favorables, obstáculos amenazadores. A simple vista, se recuperaría la tensión de lo que sólo está en perspectiva y puede aún no ocurrir. Con todo, la inquietud frente a un futuro incierto es cancelada por los numerosos incisivos anticipadores de Fray Pedro. Se cuenta en pretérito, lo que garantiza historicidad y permite reunir lo distante, dar significado a un momento desde lo venidero. Sabemos desde el principio que la expedición acaba mal o que a Aguirre le sonríe la fortuna, mas después le aguarda la muerte. El acontecer se contempla en su arrastrar hacia un fin conocido. El estar sobre aviso transforma el simple devenir en un implacable avance hacia lo inminente. La incógnita para el lector se desplaza, del desenlace, al planteamiento y al nudo. Ursua será derrocado, ya se dice de antemano, interesa entonces reconstruir los pasos y tropiezos anteriores, cargados con el significado de error/acierto – ver al otro/personaje equivocarse será mirarlo con intensidad y sorpresa – e integrados en la exposición de un proceso.

Los procesos hacia la victoria y hacia la destrucción se rigen por una fatalidad. Lo que acaba por pasar, resulta ser algo que pasa a pesar de todo. Aquello que se teme y procura evitarse por todos los medios se verá finalmente realizado: el motín que las autoridades intentaban impedir, estallará con toda violencia; el final desastroso de la expedición confirma primeras sospechas; aunque Ursua es avisado del peligro que corre, lo asesinan; Aguirre intuye que sus hombres desertarán, y justo eso sucede, pese a tomar toda clase de drásticas medidas: hace firmar juramentos, hunde barcos, organiza guardias, amenaza, castiga con dureza.

²⁰ Rasgo destacable, asimismo, en la crónica de Pedro de Aguado. Véase José María Navarro, *op. cit.*, p. 71.

²¹ Por ejemplo, dónde duermen los marañones: “de noche se recogían a dormir junto a la fortaleza, en una plazuela, que como es tierra tan caliente, cada cual se dejaba caer en la parte de la plaza que le cogía el sueño, y también porque era gente tan vil, toda en común, que en todo el discurso de su vida habían gozado de poco mejores camas” (II, 233).

Característico en el esquema del acontecer fatal, siempre se tiene noticia en el presente acerca del futuro. Con detalle registra Fray Pedro cómo unos personajes analizan condiciones dadas y hacen certeros pronósticos, cómo otros conocen las metas de planes secretos y cómo tampoco faltan los augurios, desde el fatídico río – “pequeña boca de una agua tan negra que espantaba y parecía ser presagio de lo que después sucedió” (II, 164) – hasta el misterioso fantasma – “bulto mediano a modo de sombra, del cual salió una voz muy recia y no conocida [...] que dijo: ‘Pedro de Ursua, gobernador de Omagua y del Dorado, Dios te perdone’” (II, 170). La muerte de Ursua ha sido muchas veces anunciada. Se hace posible porque este desatiende avisos; hay varios que tampoco recibe. Todo pudo ser de otra manera, sin embargo, por azar y descuido, fue así. Una figura, asombrosamente menos informada que muchas otras, y que el lector, no hará, desde esa desventaja que es la ignorancia, lo necesario o caerá en una trampa. La historia, en parte, es la de la forma en que las cosas casi no llegan a pasar; en contraste con esta primera fórmula de la fatalidad, es también, en parte, la del destino adverso que se cumple de todos modos. Aguirre calcula el posible curso desfavorable del acontecer y no logra alterarlo. Al opuesto del desprevenido Ursua le espera, no obstante, un fin idéntico: también morirá quien apenas confía en nadie, quien está al tanto, se preparó y trató de anticiparse.

Recogiendo posibilidades que no se materializaron, intentos sin éxito, deseos frustrados, el suceso en la historia de Aguirre se revela, por una parte, frágil y, por otra, ineludible. El aparente capricho del azar, en todo caso, puede tener su explicación final providencialista²²: un grupo de soldados sobrevive. Aclara Simón, “si milagrosamente no los guardara el cielo, sin duda no fueran ellos poderosos a su defensa ...” (II, 150). El hombre queda en libertad de obrar, pero el curso de los acontecimientos responde a un designio divino; es consentido y guiado por un ser supremo que deja hacer y que no deja de hacer, finalmente, justicia. Leo: “ya la mano poderosa del cielo (que aunque consiente maldades, por sus secretos juicios no los deja sin castigo, si bien es siempre menor de lo que ellas merecen), comenzaba a mostrar su divina justicia contra los principales amotinadores y homicidas del Ursua, permitiendo que unos fuesen verdugos de otros, como se irá viendo” (II, 180–181). La visión bíblica de la historia, apuntada ya desde el prólogo²³, alterna con la imagen agustiniana de un mundo en que combate perpetuamente el bien contra el mal. Uno y otro se valen de la violencia, vista entonces a lo largo de la obra como castigo o como falta. Las dos fuerzas antagónicas se dan cita en el hombre, acompañado por Dios, pero constantemente acicateado por el diablo: “... les insistió el demonio (que no debió de ser otro el autor), que sería mejor, dejando el camino que llevaban, tomar otro, de matar al teniente ...” (II, 145). El mal, en el entorno franciscano, queda fuera de la naturaleza humana. Visión más próxima al ideario de la Contrarreforma que al espíritu renacentista, antes que interpretarse como un error, algo elegido, será la consecuencia nefasta de un obrar sobre el hombre.

²² Como señala Demetrio Ramos, *ed. cit.*, p. XIX, por lo que respecta a los cronistas de Indias, “a pesar de la vestimenta humanística, en el fondo se advierte, en la totalidad del horizonte hispánico, una insumisión al canon latinista, y más específicamente aún, una desafección por su interpretación renacentista, tal como puede ser considerado Maquiavelo. Se manifiestan así, gallardamente, es decir, no por casualidad, lo que ha sido considerado como anacronismo o supervivencia medieval: el realismo – típico fundamento del barroco – y el providencialismo”.

²³ “Haced Señor cosas admirables y dignas de vuestra infinita virtud, que nosotros las cantaremos, las escribiremos y pondremos en historias para que no se olviden” (I, 16).

Según fray Pedro, “aquel se diga verdadero historiador, que declara y propone con vivas y sanas palabras, con llaneza y sin menguas ni sobras las hazañas y obras de los hombres de la manera que acontecieron, se hablaron o se obraron” (I, 13); acto seguido, inspirado por la *Poética* de Aristóteles, expone diferencias²⁴ y hace saber que no ha escrito una fábula. Sin entrar en contradicción con estas premisas, usuales en el discurso cronístico, y al margen de cualquier enseñanza sobre la condición humana, el texto se organiza conforme a un principio de sorpresa, más que de relevancia para la historia. En resumen, como he señalado, la intriga se despliega al recrear el juego tenso de propósitos, ocasiones, fallos y coincidencias. Las causas se reconstruyen subrayando una fatalidad y lo ocurrido se torna excepcional, al contarse en el marco de lo que pudo pasar/no pasar. Más allá de lo necesario, la búsqueda de lo sorprendente domina la selección de los detalles y contribuye a una quiebra en la uniformidad del discurso. Mientras que unos episodios se resumen en pocas palabras, aprovechando la capacidad sintética del lenguaje, la velocidad narrativa disminuye en la articulación de algunos actos. Uno de ellos es el asesinato de Juan de Vargas, teniente de Ursua:

Y topando en el camino a los matadores que lo iban a buscar, conociendo ser él y que iba armado, le embistieron todos y quitaron la espada y rodela, y comenzaron a desarmarle para hacer con él lo que con el gobernador. Y habiéndole quitado ya una manga del sayo de armas, estándole quitando la otra, uno de aquellos ministros de Satanás, llamado Martín Pérez, sin darle lugar su diabólico intento a esperar más tiempo, le dio por el lado desarmado una tan valiente estocada, que no sólo le pasó de parte a parte, pero con la sobra de la espada hirió a Juan de Vargas [canario], su compañero, que estaba en la otra parte acabando de desarmar al teniente, de manera que quedó muy bien lastimado.

Acudieron luego los demás, y le dieron tantas estocadas y cuchilladas, que sobraron muchas para acabarle la vida (II, 172).

El posible registro escueto de la muerte se desarrolla como una escena en la que los pormenores, fundamentalmente, están al servicio de la expresividad, connotando, a simple vista, un exceso de violencia: es la prisa, la estocada desmedida que atraviesa el cuerpo e hiere a un tercero, las cuchilladas que siguen cayendo sobre un cadáver. Los detalles pueden haberse extraído del transcurso real del suceso, pero, por intrascendentes, no tendrían cabida en el “informe”: “en el acontecimiento no poseen ni una relación de causa ni una relación de prueba son, sin embargo, puestos uno al lado del otro con el fin de realzar, en su oposición, el hecho subordinante y estructurarlo de modo que se nos imponga como independiente”²⁵.

La noticia, en la historia de Aguirre, a menudo parece desarrollarse para retratar conductas inaceptables. Copio otro ejemplo: “fueron a donde estaba la pobre doña Inés, y le dieron tantas estocadas y cuchilladas, que parece no sólo intentaron sacarla de esta vida, [...] sino afearle su cuerpo, que quedó de manera que después de muerta no hubo persona, aun de los muy crueles del ejército, que la viese, que no le quebrase el corazón” (II, 205). ¿Qué valor tiene esta descripción indirecta, que nos habla del hecho consignando los

²⁴ “... la historia cuenta las cosas como fueron y pasaron en su realidad de verdad, y la fábula las finge sin que hayan sucedido, y muchas veces finge imposibles [...] La historia, para ser la verdadera y propia, no ha de ser de cosas naturales, sino de contingentes, que pudiendo y no pudiendo suceder sucedieron” (I, 13).

²⁵ André Jolles, *op. cit.*, p. 184.

efectos sobre los espectadores? Impacta el contraste patético entre la bella mujer y el cuerpo acribillado. La radiografía de la rabia, además, descubre un enlace entre violencia y gozo. A lo largo del texto insiste fray Pedro en cómo la destrucción se justifica a sí misma, es “sed de mal”, y se prolonga en acto voluptuoso – recuérdese el preámbulo del asesinato: “cebada aquella cruel bestia en la sangre de este capitán, apeteció luego derramar también la de doña Inés ...” (II, 205). Uno de los contrastes más reiterados en la obra será aquel en el cual el dolor de unos desencadena el placer de otros²⁶. El efecto de sorpresa se vincula a momentos en que se viola un principio básico de la moral cristiana, lo que va a interpretarse como deshumanización del hombre y automática adquisición de atributos animales o satánicos. La eficacia de estos cuadros descansa a menudo en que se centran en torno a aquello que puede provocar horror y asco:

Habíanle también avisado al Aguirre que Antón Llanoso, capitán de la munición, y muy grande su amigo, había sido uno de los conjurados con el Martín Pérez. Y viéndole pasar delante de sí, estando el Aguirre cerca del cuerpo muerto y los matadores aún con las armas en las manos, le dijo al Llanoso: “también me dicen, hijo mío, que vos erais uno de los de la liga con el maese de campo, ¿pues cómo, toda esa era la amistad, y en tan poco tenéis el mucho amor que yo os he tenido?” Los que habían muerto al Martín Pérez, encarnizados en aquello y deseosos de otras muertes, que parece lo habían tomado por oficio, apenas hubieron comenzado a oír esta plática de Aguirre con Llanoso, cuando se pusieron cerca de ambos, esperando [...] Los miedos que le pusieron al Llanoso no le dejaron tener pereza en comenzar luego a dar sus descargos [...] Y pareciéndole que el Lope de Aguirre no daba muestras de quedar satisfecho [...], arremetió con el cuerpo de Martín Pérez, que como dijimos estaba todo hecho una criba de cuchilladas, y delante de todos los que estaban presentes, se arrojó sobre él diciendo: “¡A este traidor que quería cometer semejante maldad, beberle he la sangre!”, y poniendo su boca sobre las heridas de la cabeza con un ánimo más de demonio que de hombre, comenzó a chuparle la sangre y sesos que salían por ellas, y tragarse lo que chupaba como si fuera un perro hambriento. Con que puso tan gran horror a los presentes, que no hubo hombre a quien no le provocase a dar arcadas de asco, y el Aguirre a quedar satisfecho (II, 252).

La escritura del “informe” se abandona y, en un cambio de perspectiva, se abre un espacio para la anécdota. Esta se define como sector de lo pasado, particular y secundario por carecer de repercusiones sobre el conjunto de la trama. Con ella se hace un avance esencial desde el “qué” de la historia hacia el “cómo”, según la fórmula que he usado antes. En lo concreto e individual halla fray Pedro el ejemplo, la manifestación del carácter y lo inesperado admirable – sea la acción ingeniosa, la norma transgredida, el monstruo, la coincidencia increíble o la maravilla sobrenatural.

El gusto por lo raro, la ruptura de la armonía clásica, la orientación hacia los cuadros de máximo dramatismo, han servido para caracterizar el Barroco²⁷. En la historia de Aguirre, por otra parte, los episodios anecdóticos se dejan relacionar con la forma simple de la hagiografía²⁸. Si no interesa cualquier hecho de la vida, importa aquello que

²⁶ Sirva de ejemplo modélico la minuciosa descripción de la fiesta caníbal: “... amarraban un indio o negro de los vivos a dos palos, puestos en cruz, los pies y brazos extendidos, y comenzando a bailar a la redonda de él, en corro, le iban cortando, cada cual de la parte donde le parecía, un pedazo de carne. Y así, cruda, a vuelta de la demás medio cocida, que estaba en las ollas, se la comían como perros. Y de aquella sangre que le salía de la herida, iban bebiendo unos y otros sin perder lo demás de cantar y danzar ...” (I, 116).

²⁷ Véase Emilio Orozco, *Manierismo y Barroco*, Cátedra, Madrid, 1988.

tiene valor de prueba; esto es, aquello que un tribunal, en proceso inverso al de la canonización, podría esgrimir como argumento para dictar el ingreso del personaje en el infierno de los condenados legendarios. Se reúnen así los múltiples ataques a la religión, desde las blasfemias o el desajuste entre actos y fechas²⁹, hasta el anticlericalismo. Aguirre amenaza y elimina a su confesor y al fraile Henao – “por comenzar su maldad con sacrilegios lo mató a estocadas” (II, 209). De entre el repertorio de vicios – presta atención fray Pedro a la estampa de los borrachos (II, 275) – y delitos, destaca la larga lista de asesinatos. Dentro de ella se abre una serie de muertes que no justifican ni la subida hacia el poder ni el castigo: la de los indefensos – ancianos, mujeres, enfermos – y la de los inocentes. En particular, es sentenciado aquel que, recalcando la paradoja, se describe en relación con el término “bien”. Por ejemplo, el capitán Joanes de Iturriaga, “tenido por muy hombre de bien y de obras de caridad” (II, 237), el cura recto y piadoso, muerto “por haber hecho bien su oficio” (II, 260) o el almirante Alonso Rodríguez, quien aconseja al tirano “... costándole la vida su buena crianza” (II, 263).

En un rastreo de todos los indicios de la maldad, reitera Fray Pedro cómo las víctimas, por lo común, son ultimadas sin confesión, el deseo denegado³⁰, y cómo los verdugos se recrean en el destrozo y en la tortura. Copio otro ejemplo:

Se llegó al Comendador (que bien descuidado de la maldad estaba al bordo del navío) y le comenzó a herir con una espada muy bota, que llevaba desnuda para el efecto. Y rogándole el comendador no le diese tan cruel muerte, como era la que padecía con aquella espada, tomó el sargento una daga que el propio comendador tenía, y dándole con ella algunas puñaladas, antes que acabara de morir, le echó al río; donde entre el oleaje y ansias de la muerte, daba voces diciendo: “¡Confesión! ¡Confesión!” con que acabó la vida. [...] Quedó tan gozoso Aguirre de la triste y desastrosa muerte del comendador, que gloriándose de su malicia, en juntándose con el suyo el otro bergantín en que iba su maese de campo, se la contó con grande risa y entretenimiento, celebrándola ambos con un mismo gusto (II, 216).

El asesinato que divierte, ya por encima de la indiferencia, ha de presentarse en otro caso como una especie de animado juego: una mujer ahorcada se transforma en improvisada diana. Aguirre, añade fray Pedro, “celebraba los mejores tiros que se hacían en el corazón y cabeza de la pobre y honrada mujer; de cuya muerte quedaron todos muy alegres” (II, 259).

El acto cruel, y esta palabra cruza el texto de parte a parte, tiene su raíz en rasgos de carácter. Aguirre es “de su naturaleza inclinado a derramar sangre humana” (II, 180), un ansia lo impulsa, definida como “infernial furor” (II, 203) o “rabia de tigre” (II, 237). Los arrebatos de ira son motivo de pausada descripción. Leo uno: “... investido de un diabólico espíritu [...] dando temerarias voces, postrado en el suelo delante de él, echando fuego por los ojos y boca...” (II, 203). La cólera del poseído se suma en la pintura de la personalidad a otras cualidades que recuerdan a las del diablo: la estrategia de Aguirre se funda sobre la mentira y su correlato, el engaño. Las promesas, advierte Fray Pedro, por regla, nunca se cumplen. Este, con sagacidad proverbial y sin descanso, tienta y urde

²⁸ Para un análisis de esta forma, consúltese André Jolles, *op. cit.*, pp. 29–61.

²⁹ Son los crímenes urdidos en Pascua (II, 198) o Navidad, “que en esto la empleaban estos desalmados hombres” (II, 169).

³⁰ “gustaba mucho este tirano de matar no sólo los cuerpos, sino también las almas” (II, 221).

trampas en las que los hombres caen y son catapultados hacia la perdición. El comentario del autor no deja lugar a la menor duda: “El Lope de Aguirre, con un ingenio versuto que tenía (enemigo de la especie humana), andaba siempre fabricando astucias con qué engañar los soldados y echarles lazos, de donde con dificultad pudiesen salir ...” (II, 200).

Aguirre está en el centro del conflicto; de hecho, lo desencadena. A su paso siembra la destrucción. Su reino es el del terror, el desorden, el crimen. Simón, calificando actos y personas, lo sitúa explícitamente – a él y a sus compañeros – en el extremo del Infierno³¹. Comprendido Aguirre como el reverso del santo, su gesta ha de contarse ciñéndose al esquema de la vida ejemplar. La narración gana un nuevo sentido, convirtiéndose en un medio para la representación de valores. No se trata ya de plasmar una existencia en su continuidad, meta de la biografía, sino de hacer girar esa existencia en torno a una demostración. La anécdota y los detalles, de los que la historia/informe podría prescindir, resultan ahora ser imprescindibles, pues a través de ellos, tanto en una actitud como en una actividad, se objetiva el concepto abstracto del mal. Si en la acción concreta se ha hecho tangible el mal en su mayor potencia, esta ilumina lo que justamente no ha de ser vivido y, desligada de su portador, está ante nosotros de manera perpetua como el reverso de lo imitable. También aquí, al igual que en la figura del santo, el modelo queda asociado a un emblema³². Lo que es su reveladora hazaña, lo que representa, es evocado por algún ser u objeto. Así como un dragón acompaña a San Jorge, podría estar Aguirre al lado de su bandera, el símbolo por excelencia, una bandera negra, sembrada de espadas rojas.

PRIPOVED O LOPEJU DE AGUIRRU IZPOD PERESA BR. PEDRA SIMÓNA

Interpretacija *Crónicas de Indias* se ne sme omejevati zgolj na odgovor na temeljno vprašanje »Kaj se je zgodilo?«. Analiza knjige *Sexta noticia historial* brata Pedra Simóna kaže, kako se tolikokrat preoblikovana pripoved o »Aguirrejevih tiranijah« artikulira v skladu z načeli, ki jih ne zahteva zgodovinski diskurz niti jih ne narekuje njen referenčni okvir. Izbire, ki pogojujejo dosežene učinke in predstavljene vrednote, pričajo o pripovedni obliki, baročni estetiki in zgledevanju po »življenjih svetnikov«. V zgradbi tistega, kar bi lahko naslovili tudi »Kronika napovedanih smrti«, je očitno, da ne gre samo za upodobitev nekih življenj, temveč da se ta vrtijo okoli določene ideje. Anekdota in detajli, ki so sicer nekaj drugotnega, so zdaj nepogrešljivi, saj se prek njih, tako v izkazanih držah kakor v početju, objektivizira abstraktni pojem zla.

³¹ Copio varias metáforas: Aguirre es “cruel bestia” cebada en sangre (II, 205), persigue “cebar su infernal deseo en sangre humana” (II, 198), “estando vivo ardía en los infiernos” (II, 309).

³² Véase André Jolles, *op. cit.*, p.51.